

## FREUD Y SUS AMIGAS<sup>1</sup>

María Pía Costa\*

La fuerza de la personalidad de Freud, la consistencia de sus ideas y su carácter entre caballeresco y seductor generó en su entorno una suerte de culto a su personalidad, que se tradujo en la exigencia de una lealtad completa tanto en el ámbito profesional como en el personal. Según palabras de Phillis Grosskurth (1991), su grupo cercano era como una familia de hijos varones guiados por un patriarca, en la que faltaba la figura femenina. Esto es válido hasta cierto momento, en que aparecen las mujeres en su entorno. Pudiera ser como producto de la decepción en la búsqueda de un sucesor masculino. Es cierto también que la aparición de ellas coincide con la muerte de su querida Sophie, su hija predilecta, pudiendo haber despertado en él una cierta necesidad de reemplazarla. No fue fácil el tránsito hacia lo femenino, ellas tenían que demostrar condiciones particulares, básicamente “masculinas” para utilizar sus términos. Muy exigente con ellas al principio, poco a poco fue cediendo ante el encanto de sus personalidades. Ya consolidado el grupo psicoanalítico, Marie Bonaparte, por sus rasgos de personalidad y por el rol que ocupa en la vida de Freud, pasó a ser probablemente esa figura femenina que Grosskurth echaba de menos.

Es extendida la idea del Freud misógino, poco dado a las amistades, y en particular a las femeninas. Sin embargo, a pesar de no gustar de la vida social y mundana, tuvo amigos entrañables. Es importante notar, sin embargo, que esas amistades se desarrollaron, prosperaron, y a veces se desvanecieron, siempre en función de sus intereses intelectuales, y en particular del Psicoanálisis, que constituyó el eje de sus vínculos amistosos. Lo que caracteriza a sus amigos es que fueron, a la vez, discípulos y analizandos, lo que generó más de una confu-

---

1 Ponencia del XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: Vínculos y Soledades. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, setiembre 2015.

\* Psicoanalista. Vicepresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.  
<mariapiacosta@gmail.com>

sión en los roles y atribuciones. Ejerció el papel de padre de todos ellos, estrechado y fomentado por las transferencias analíticas que, según sus detractores, no supo o no quiso analizar.

Es gracias a la enorme correspondencia existente que tenemos huella de estos vínculos. Su hábito epistolar comenzó muy temprano: a los 12 años se escribía con su amigo Eduard Silverstein, con quien compartía sus ansias adolescentes, sus ambiciones ya enormes y sus temores. Aprendieron juntos el español y se apodaban Escipión y Berganza en alusión a los perros parlantes que había creado Cervantes. No conocemos de muchos otros amigos; sabemos más bien que, según sus propias palabras, le aburrían sus contemporáneos. La apasionada amistad con Silverstein se fue diluyendo con la aparición de sus respectivas parejas y enfrentó una trágica prueba. Eduard pidió a Freud que recibiera en Viena a Pauline, su joven esposa, que padecía de una depresión grave. No se sabe a ciencia cierta si la llegó a tratar y, si así fue, por cuánto tiempo. Lo cierto es que Pauline se lanzó de una ventana del cuarto piso del edificio de Freud (Breger, 2001; Grosskurth, 1991). A pesar de que Silverstein nunca lo hizo responsable de esta muerte, parece ser que la relación sufrió lo suyo y Freud jamás la mencionó. Consigno este hecho porque me interesa resaltarlo como el primero de una serie de situaciones triangulares en las que Freud cumple el rol de tercero entre parejas amigas, uno de cuyos miembros es paciente suyo.

Este tipo de vínculo triangular se repite de manera sorprendente con sus amigas mujeres, que son también, como ya se ha dicho, sus discípulas y analizandas: Emma Eckstein (Irma), Sabina Spielrein, Lou Andreas Salomé, Helene Deutsch, Joan Riviere, Jeanne Lampl de Groot, Ruth Mack Brunswick, Marie Bonaparte, Eva Rosenfeld. Todas ellas de porte intelectual y de personalidad llamativa, desarrollaron una intensa transferencia edípica con el Profesor, y muy a menudo él intervino aportando directivas precisas sobre sus vidas. Estableció con ellas vínculos que nada tuvieron que ver con la neutralidad que se desarrolló después como parte de la técnica, neutralidad destinada esencialmente a contrarrestar las dificultades y los errores presentados por estas libertades del vínculo analítico. Sus analizandas le ofrecían regalos, intervenían ante sus influencias para designar a Freud profesor, le hacían preguntas indiscretas sobre su vida familiar —y también sexual— a las que es oportuno decir, él no solía responder. Pero Freud disfrutaba de todo ello, aceptaba los regalos y los favores; le pidió a alguna analizar a sus nietos, a otra acompañar a su hija Anna a un viaje y hasta recibió ayuda económica, así como la proporcionó llegado el caso.

Las primeras mujeres en el entorno de Freud tuvieron que pagar derecho de piso para ser aceptadas y, en realidad, no lograron ocupar el lugar de verdaderas amigas. La primera en ser admitida en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Margarethe Honingsberg, se incorporó en 1910 con un trabajo sobre la madre, en el que planteaba la inexistencia del amor maternal innato, amor más bien producto de la relación física y sexual de la madre y el niño. Sorprendentemente, la reacción de Freud a esta tesis tan “freudiana” fue, por decir lo menos, desvalorizadora. ¡Replicó que la única forma de conocer sobre el amor materno era a través del análisis estadístico! (Appignanesi y Forrester, 1992). Me parece saltante esta actitud ambivalente pues mientras se la aceptaba en su entorno, se la descalificaba. La siguiente en la línea de entrada, Hermine Hug-Hellmuth, doctora en filosofía, fue la primera psicoanalista de niños. Si bien Freud la tuvo en alta consideración, nunca llegó a tener un vínculo cercano con ella. Sabemos que Anna la mantuvo a raya y, a pesar de seguir los lineamientos que Hermine propuso para el análisis de niños, evidenciando haber leído y seguido sus escritos, nunca se lo reconoció.

Quien irrumpió en la vida de Freud, despertando su intensa simpatía y admiración, fue Sabina Spielrein. Su acercamiento al psicoanálisis se dio a través de Jung, de quien fue paciente y con quien estableció un estrecho vínculo intelectual y amoroso, que estimuló en ella el interés por el psicoanálisis y la llevó a ser la primera psicoanalista mujer. El intenso romance con Jung comenzó a generar dificultades con su esposa, lo que impulsó a Jung a buscar consejo en Freud. El maestro aligeró la responsabilidad del discípulo, desplazando en la paciente las causas de una transferencia amorosa. Cuando conoce a Sabina, queda seducido por su agudeza y su inteligencia. De ser la histérica enamorada de Jung, pasa a iniciar un vínculo de respeto con ella, intercambian cartas, ella le cuenta sueños, él aprueba su manera de interpretarlos... se va así consolidando el alejamiento de Jung —intelectual y amoroso— y el acercamiento con Freud.

No es este el único caso de cercanía con las mujeres de sus discípulos. En 1912, a pedido de Ernest Jones, Freud empieza a analizar a su esposa, Loë Kann. El entusiasmo de Freud por este análisis se expresa cuando escribe: *es una judía muy inteligente e intensamente neurótica, cuya historia de enfermedades es fácil de interpretar. Me complacerá derrochar mucha libido en ella* (citado por Appignanesi y Forrester, 1992). Durante este análisis abundaron las cartas; de Freud a Jones dando cuenta del progreso del análisis, de Loë preguntando a Jones por cómo Freud veía su proceso, de Jones a Loë —quien gentilmente se las leía a Freud— y, por último, las cartas que la paciente escribía a su analista. Poco a

poco las cartas de Freud a Jones se hacen menos frecuentes y las de Loë a su esposo casi inexistentes; Jones queda aislado y sólo recibe noticias de Loë a través de la pluma de Freud, mientras que el vínculo entre paciente y analista se hace más íntimo: *no pude evitar llevarla con mi familia por un rato la noche del martes (Nochebuena)* (ibid). En este vínculo triangular tan particular, se produce una serie de confidencias y de ocultamiento de verdades: aparecen las dificultades sexuales de la pareja, las consultas de Jones a Freud sobre cómo abordar el tema sexual con Loë, las confesiones de Jones sobre Lina —el ama de llaves con quien tiene una relación sexual antigua— la aparición de Jones II — el reciente amante de Loë con quien ella aspira resolver su anestesia sexual y a quien Freud da el visto bueno y hasta acepta cenar con él. Freud se encuentra pues en medio de dos triángulos. Escribe a Jones: *Están sucediendo más cosas de las que puedo contarle, pero es inevitable* (ibid). Su rigor profesional lo lleva a estimular en Loë la libertad de tomar sus decisiones, pero se encuentra en conflicto por su amistad con Jones, a quien escribe: *yo no podía seguir desempeñando el rol de amigo de usted mientras tuviera que actuar como analista de ella... Ahora se ha dado en forma natural, usted sabe que no estoy trabajando para usted sino para la liberación de ella con exclusión de cualquier otro objetivo* (ibid).

Tenemos aquí al Freud de pensamiento libre de convencionalismos, que lo impulsan a buscar la cura de su paciente, antes que cualquier consideración moral. Ya había escrito en 1908, en *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*, que la cura para las enfermedades nerviosas ocasionadas por un infeliz matrimonio era la infidelidad matrimonial y, cuando lo decía, estaba pensando en las mujeres. La neurosis es producto de la dificultad en asumir decisiones a causa de los imperativos de la educación: *Nada protege más su virtud que la seguridad de una enfermedad* (Freud, 1908).

Unos meses después Jones inicia un análisis con Ferenczi, y Freud no puede evitar seguir interviniendo, cuando le escribe: *todavía no sé cómo lo tomará Jones cuando descubra que su esposa, como consecuencia del análisis, ya no quiere seguir siendo su esposa* (Appignanesi y Forrester, 1992). Así las cosas, Freud prohibió a Loë visitar a Jones en Budapest, mientras que Ferenczi solicitaba a Freud no revelar a Loë las conversaciones que ambos tuvieran sobre el análisis de Jones. Ambos analistas tiraban de los hilos de sus marionetas.

Años más tarde, Freud encarga a Loë acompañar a su hija Anna a Londres. Cuando Freud se entera de la cálida recepción que da Jones a su hija, intuye sus intenciones amorosas, se lo reprocha y advierte firmemente a Anna que se mantenga a distancia y que converse con Loë sobre ciertos asuntos sexuales

que ella conocía bien. El padre, que además sería su futuro analista, ata y desata en la vida de su hija —y de todo su entorno.

Otra de las amistades de Freud, que no estuvo ajena a los tríos analíticos, fue la polaca Helene Deutsch. Ella y su esposo Félix eran amigos de los Freud. Ya el Profesor le había conseguido a Felix un puesto como médico después de la guerra. En agradecimiento Helene, ya en análisis con Freud, tenía la costumbre de pasar al sector privado de la casa, antes de entrar al consultorio, para entregar a Martha leche de cabra extraída de sus propios animales. El suyo fue un análisis de una intensa transferencia edípica, en la que Freud era el padre deseado. Ella misma cuenta que una tarde, paseando, se quedó contemplando una vitrina y, con horror, pensó: *qué será de Martha cuando se entere de este amor* (ibid). Este intenso análisis fue interrumpido bruscamente por Freud, para dar lugar al análisis del Hombre de los Lobos, hecho que Helene resintió por el resto de su vida. Sabemos además, por su autobiografía, detalles de ese proceso, como por ejemplo que Freud se quedaba dormido mientras ella hablaba de sus dificultades con el amamantamiento y que acudía a menudo al baño en mitad de la sesión pues sufría de una dolencia de la próstata. Asimismo, sabemos que Freud hizo lo posible por evitar que Helene se separara de Félix y, cuando ella cambió de analista, exhortó a Abraham a no dejar que ese matrimonio se rompa, en una actitud inversa a la mostrada con Jones y Löe.

Es probable que sea la única amiga, paciente y discípula de Freud que mantuvo, a pesar de la devoción extrema, una cierta ambivalencia hacia él, muy probablemente ante las situaciones anteriormente descritas. Ella le reprochará no haberle reconocido adecuadamente su contribución en el campo de la sexualidad femenina. A su vez Freud no dejaba de recordarle que consideraba una traición el hecho de que Félix, su médico personal, le había ocultado la gravedad de su dolencia cancerosa.

Quiero terminar este recuento sobre las amigas de Freud mencionando a la princesa Marie Bonaparte, *diablo de energía* según Freud. *Una mujer muy destacada, mucho más que una mujer con rasgos masculinos* (ibid). Es probablemente con ella con quien tuvo mayores niveles de intimidad y con quien se permitió confidencias que conocemos porque ella las registró. Cuenta Peter Swales (ibid), por ejemplo, que le confesó a Marie que no se casó virgen, pero cuando ella insistió preguntando sobre las relaciones que había tenido antes de su matrimonio, Freud se negó a responder.

Estamos asistiendo a la fundación de una disciplina que ilumina sobre una manera de concebir el psiquismo humano; en ella, Freud navega entre

sus ideas, sus libros y su entorno. Todo gira en torno suyo y, para decirlo más precisamente, en torno al Psicoanálisis. La asimilación de su vida privada y de sus afectos profundos al ejercicio profesional dan cuenta, no sólo de sus rasgos de personalidad, sino fundamentalmente de su natural impulso integrador. Habría de suceder todas estas intervenciones, estas confusiones e interferencias, para finalmente descubrir la necesidad de la neutralidad analítica, instrumento fundamental del psicoanálisis que impone al ser humano la inhibición de sus insondables deseos de vincularse y de hacerlo involucrando sus más hondos afectos.

Afectos que no sólo lo llevaron a vínculos estrechos, sino a dolorosas rupturas. Curiosamente, con las mujeres no hay interrupción de la amistad como había sucedido con muchos de sus amigos varones. Ellas mantienen la admiración y devoción hasta el final de sus días, sin cuestionar realmente las bases de su teoría. De alguna manera Freud exigía a sus pacientes y amigas la independencia necesaria para tomar las decisiones orientadas a la salud y a la libertad sexual y, a su vez, una sumisión hacia él y a su pensamiento. Se mantuvieron siempre alrededor suyo y, en muchos casos, reanudaron los procesos analíticos hasta en más de una ocasión.

Esta doble actitud, de libertad y de dependencia, se corresponde con una posición ambigua con respecto a la moral y las costumbres. Libertario y revolucionario en cuanto a la sexualidad y a la moral existente, era sumamente conservador en su vida privada y en particular en cuanto a sus ideas sobre la mujer. Helene Deutsch escribió en su autobiografía: *...y Freud, quien con toda razón estaba considerado conservador en cuestiones sociales y políticas, se convirtió para mí en el mayor revolucionario del siglo* (Appignanesi y Forrester, 1992). Conservador y revolucionario a la vez, este doble discurso parece atravesar la vida de Freud, develando una escisión entre la moral y sus opiniones profesionales.

Así también, considero que podemos hablar de una escisión en cuanto a los dos tipos de mujeres en la vida de Freud. Por un lado la mujer abnegada, dedicada al hogar, encarnando la virtud, la docilidad y una aspiración limitada. Son las mujeres de su familia. Con ellas aparece el Freud conservador. Pero a la vez conocemos al hombre de avanzada, tremendamente seducido por la mujer brillante, independiente, intelectualmente dotada y conocedora del mundo, con personalidad apasionada, la mujer “masculina“, de quien le gusta rodearse. Es el Freud liberador. Nunca logra integrar ambas pasiones; a pesar de la solvencia en sus convicciones, no logra trasladarlas a su vida privada.

### Referencias bibliográficas

- Appignanesi, L. y Forrester, J. (1992). *Las mujeres de Freud*. Buenos Aires: Planeta. (1994).
- Breger, L. (2001). *Freud. El genio y sus obras*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Freud, S. (1908). La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. En: *Obras completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca. (1973).
- Grosskurth, P. (1991). *The Secret Ring*. USA: Addison-Wesley Publishing Company.
- Jones, E. (1953). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo 2. Barcelona: Anagrama. (1970).

### Resumen

Freud congregó en torno suyo a una serie de amigas, todas de talla intelectual y de gran personalidad, de carácter “masculino” como solía describir a ese tipo de mujer, que producía gran interés en él y que contrastaba con el ideal femenino que preservaba para las mujeres de su hogar. Todas fueron a la vez amigas, discípulas y analizandas. Esta superposición de funciones generó una serie de triángulos analíticos —en los que Freud era el padre, maestro y guía— y que permitieron a Freud intervenir en sus vidas, generando conflictos transferenciales. Situaciones ocasionadas sin duda por la personalidad del Maestro, y que exigieron del Psicoanálisis la saludable neutralidad que se convirtió en el eje de su técnica.

**Palabras clave:** Amistad, atracción, femenino, historia del Psicoanálisis, masculino

### Abstract

*Freud rallied around himself a number of highly intellectual girlfriends with a great personality. He usually referred to them as women with a “masculine” character, which produced in him a special interest. This character contrasted with the feminine ideal he reserved for the women from home. These women were all his friends and his disciples; and he analyzed them all. The overlay of functions created a series of analytical triangles, in which Freud was the father, the master and the guide. This allowed Freud to intervene in these women’s lives, generating transference conflicts. These situations were most likely propitiated by the personality of the master, and required the healthy neutrality that Psychoanalysis developed afterwards, which became the mainstay of Freud’s technique.*

**Key words:** Friendship, attraction, feminine, history of Psychoanalysis, masculine